

# Don Quijote de la Mancha

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

N.º 57

AÑO II

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**  
(PAGO ADELANTADO)  
En la capital al mes..... 1 peseta  
Fuera de la capital trimestre..... 3 pesetas

Anuncios y comunicados á precios convencionales

**DIRECTOR-PROPIETARIO**

**D. EMILIO BERNABEU Y NOVALVOS**

CIUDAD-REAL 14 DE ENERO DE 1903.

**DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN**

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

## Recuerdos de Cervantes en la Mancha.

### LA REGION

II

*Ager Esparterius* llamaron los romanos á la región del centro de España conocida después por los árabes con el nombre de *Mesajah* (tierra seca y árida), que después la fonética española transformó en *Mancha* y con el cual es conocida hoy la provincia de Ciudad Real, teatro de las aventuras del *Ingenioso Hidalgo*. Comprende la Mancha también parte de las provincias de Toledo y Cuenca, con lo cual se echa de ver de paso lo arbitrario y ridículo que resulta el hecho de dividir los territorios de una nación por mero capricho y teniendo en cuenta las vueltas que las puntas de un compás pueden dar encima de un mapa, mejor que los límites naturales de ríos, montes y cuencas diversas con que á Dios le plugo dividir los territorios.

Es la Mancha comarca árida y dilatadísima, carece de arboledas y montes feraces por lo general, pero sus llanuras inmensas en muchas partes se hallan interrumpidas por alamedas frondosas y montes bravos abundantes en caza mayor y menor que constituyen verdaderos oasis. Pero en aquel caldeado suelo, sin aguas que lo fertilicen, en aquel mar de polvo en que sólo corre el abrasado soplo del desierto, en medio de aquellos lugarejos tan pobres hoy como en tiempos de los Gólfines, entre aquellas casas de tapia mal amada, entre la inmensidad de aquellas llanuras sin fin, la presencia de una venta, la silueta de un molino de viento, ó las bardas de un corral hacen acudir á la imaginación la figura de Don Quijote, inseparable siempre del árido y dilatado terruño manchego. El caldeado y misero país vive identificado con el inmortal libro de Cervantes y el nombre de la Mancha perpetúa la gloria de éste aun á través de un siglo tan poco ideal y amante de desfacer entuertos como el nuestro.

Merced á la lectura asidua del *Quijote* y á la paciente tarea de contar distancias y fijar los sitios en donde Cervantes pone las aventuras del famoso paladín de las causas perdidas, pudimos apreciar de *visu* todos los lugares de la región manchega que fueron teatro de las empresas quijotescas.

Sabido es que, desde el momento en que Cervantes pone en Argamasilla de Alba la patria del Ingenioso Hidalgo y que éste desde allí emprende sus aventuras, que en su primera salida no hizo otra cosa más que llegar cerca de Manzanares, en donde dió con la venta en que se hizo armar caballero, y que al salir de ella, cerca del pueblo de Membrilla, tropezó con el muchacho Andrés, para dar luego con los mercaderes de Toledo que le molieron las espaldas no lejos de Argamasilla, á donde volvió atravesado en el jumento de su vecino Pedro Alonso.

En su segunda salida en compañía de aquel Sancho Panza, modelo de discreción, prudencia y trastienda, aunque

«de muy poca sal en la mullera», dirigióse al campo de Montiel, en donde le ocurrieron las aventuras de los molinos de viento, la del vizcaino, asistió al entierro del pastor Crisóstomo, fué apaleado por los yangusos y se acogió á la célebre venta que por su mal se le antojó castillo.

Es el campo de Montiel un territorio llamado *Laminum* en la época romana, pueblo situado al extremo meridional de la Carpetania y que unos pretenden sea hoy Faelhana y otros Damiel. Vea quien de estas minucias quiera enterarse plenamente los doctos trabajos del ilustrado señor Arcipreste de la Catedral de Ciudad-Real, doctor D. Luis Delgado Merchán, y el *Diccionario Histórico de la Provincia* del reverendo D. Inocente Hervás, Pbro., que han de satisfacer toda suerte de curiosidades.

Hoy no queda de la villa de Montiel, conquistada por Alfonso VIII y San Fernando, hermoñeada con una bella iglesia parroquial del siglo XV, más que el recuerdo de haber nacido allí cerca Santo Tomás de Villanueva, de haber muerto Quevedo no muy lejos, y de haberse perpetrado cerca de su castillo, situado en la cumbre de un cerro al pie del cual se asienta la actual población, el asesinato del Rey D. Pedro el Crnel. Quedan del fatídico castillo de *la Estrella* muy pocos paredones, restos de un torreón, y unos cuantos lienzos de muralla con sus saeteras y almenas cegadas por la hiedra trepadora. El fratricidio y la traición cortaron aquí la historia de España ayer, y hoy la incuria y el abandono dejan perder los vestigios de la misma.

Puerto Lápice (corruptela de *Portus Lapidum*), Villaharta y Villarrubia de los Ojos, vimos los recuerdos del poder de la orden de Calatrava, antemural de la cristiandad en estas tierras contra la invasión musulmana, como atestiguan las imponentes ruinas de Calatrava *la vieja*, cerca de Carrión, y tantos santuarios y ermitas levantados en honor de la Virgen María en las cumbres de las sierras vecinas.

Cerca de Malagón, pueblo hoy circundado de una huerta tan fértil, como productora de excelentes frutales y hortalizas; pone Cervantes la venta de Juan Palomeque el Zurdo. Hace un siglo que todas las ventas de España, y más las de la provincia de Ciudad Real, se parecían una á otra como dos gotas de agua. Pero la facilidad de comunicaciones y los ventidos trenes que diariamente pasan por la estación de Ciudad Real, han anulado aquella vida de poéticas realidades en que por medio de las galeras aceleradas, nombre sarcástico como ninguno, el paciente viajero se trasladaba en veinticinco días de Cádiz á Madrid. Pero la venta manchega no ha muerto todavía. En el mismo lugar en que Cervantes fingió la de Juan Palomeque, en la que Sancho fué manteado, y leído el *Curioso Impertinente*, sajados los pellejos de vino y enjaulado, por fin, Don Quijote; alzase hoy una venta que bien podría ser la misma que el autor del *Ingenioso Hi-*

*dalgo* nos describió con su maestría de nadie superada. Sus muros datan muy bien de la Edad Media, las bardas de su corral esperan á la regocijada cuadrilla de manteadores de Sancho y el bueno del arriero entra y sale muchas veces al día, haciéndose por la noche una cama improvisada con las enjalmas de sus mulos.

En el comedor sucio y moscoso devoramos con avidez truchuela algo entrada en días, olla podrida y ropa vieja, guisotes horribles á no condimentarlos la cervantofilia; no pedimos antecedentes genealógicos acerca de cierto conejo en salsa que se nos antojó huésped maullador de tejado, pero qué nos importaba todo ello á trueque de poder reconstituir el orden de los comensales que en aquella misma mesa oyeron por primera vez el sublime discurso que en encono de las armas y las letras pronunció Don Quijote en la cabecera?

El personal subalterno de la venta no se diferenciaba poco ni mucho del descrito por Cervantes; el ventero no era miembro de la Santa Hermandad, pero sí accionista de la Tabacalera, y la ventera y su hija ya no colgaban su peine de una cola de buey barroso. Están hoy suscritas á la *Moda Elegante é Ilustrada* y suelen dar vueltas á una máquina de coser á la puerta por donde entraron D. Fernando, el Oidor y el Cautivo.

Vimos la amena floresta en donde con hayas y cipreses funerales fué enterrado el cuerpo del pastor que fué en vida «único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presunción y alegre sin bajeza», cualidades que Cervantes asignó á un simple pastor de ganado de la Mancha, y que no por denigrar ni tener en poco el linaje de los pastores diremos que solo entre los ángeles pueden hallarse juntas á la vez tan raras prendas.

Visitamos las ruinas de unos batanes en los que encuadraba con perfecta concordancia de tiempo y lugar la aventura de los mismos. Es el sitio, á orillas del Guadiana, ameno y frondoso, y aun hoy día se le conoce por el nombre de *El Batán*.

Las lagunas del Ruidera, con la ermita de Oreto y la no menos famosa Cueva de Montesinos, no sufren ser tratadas en el brevísimo espacio de que disponemos. La fábrica de pólvora que hoy está instalada cerca de las primeras, el pintoresco camino que entre juncas y cañaverales conduce á la segunda, es ameno para ser emprendido en primavera ú otoño. No caiga jamás el lector en la tentación de hacerlo en tiempo de lluvias, frío ó nieves, que suele ser la mayor parte del invierno, ó en el rigor del verano. Verá en la Cueva de Montesinos, la misma boca con zarzas y cambroneras, la profundidad que le asignó Cervantes, la nube de murciélagos y aves nocturnas que revolotean al penetrar el viajero, la suave pendiente que la Cueva forma hasta dar con un espacio semejante á un claustro en donde podrían cebar

hasta dos pares de mulas, es decir: todo ello prueba que Cervantes vió personalmente los sitios en que colocó la acción de su novela y no se escapó un solo permenor á su fina perspicacia. Salvo la ficción del sueño caballeresco que allí tuvo Don Quijote, la Cueva de Montesinos de hoy concuerda con la que el hidalgo manchego visitó en el siglo XVI.

Con qué placer hicimos noche en el Toboso y anotamos en el cementerio del lugar el epitafio de una *Doña Aldonza Lorenzo, fallecida en la paz del Señor en 1595*, y de la cual los cervantistas hablaron largo y tendido! Con qué cariño de arqueólogo admiramos las tinajas tobosescas, genuina industria regional, y con qué curiosidad, mezclada de pasmus, estudiamos en Ciudad Real el estudio del docto catedrático don Maximiano de Regil, desde el arcabuz de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, hasta el trabuco con que fué muerto *El Busque*, célebre bandido de Sierra Morena y digno rival de Juan Portela, José María y los Juanillones!

Vimos Caracul y su castillo, Miguel-Turra y sus olivares y vinedos, y no olvidamos tampoco el lugar de Tirteafuera, patria del doctor D. Pedro Recio. Pero hay que ceder la atención ya á los personajes y apartarla por ahora de la región en que los hechos se desarrollaron.

ARTURO MARRERA.

## ABURRIMIENTO

Qué días más tristes  
Y más aburridos  
Pasamos los pollos  
En esta ciudad,  
Sin fiestas, ni bailes,  
Teatros, ni toros,  
Sin ver en paseo  
Una sola beldad.

Que el tiempo es lluvioso,  
La tarde encorados  
Del «nuevo casino»  
En su amplio salón.  
Hacemos un corro  
Por frente á una estufa  
Y allí criticamos  
De un modo feroz.

De juegos, de campos,  
De amor y de bodas,  
Política chispa;  
La mar se habla allí,  
Disputase mucho,  
Muy largo y tendido  
Y siempre por algo  
Asaz baladé.

Se pasan las horas  
Sin cuenta uno darse,  
Y el tiempo perdemos  
Un día y un mes,  
Un año y cuarenta,  
Y nunca pensamos  
Que el tiempo es más que oro  
Mil veces y cien.

Qué días más tristes  
Que son los de invierno,  
Sin bailes, sin fiestas,  
Sin nada capaz  
Del télico maternos  
A todos los pollos  
Que tristes moramos  
En esta ciudad.

E. B.